

EL PODER DE LA AMISTAD

Desconozco si tienen algún valor mis palabras. Aun así, hace tiempo que prometí compartirlas con un número estimable de conciudadanos y amigos. Hago balance y son ingentes los coloquios y las conversaciones fútiles, banales e insustanciales, incluso algunas trascendentales y significativas que, al llegar la noche, se desvanecen como las olas en la orilla y se convierten en la nada. No soy filósofo, ni me interesa en exceso escrutar los caminos de la ontología. Para mí el ser humano se ha convertido en garante de las pérdidas de mi tiempo que estimo se producen al dar rienda suelta a mis opiniones, a mis reflexiones, a mis análisis pormenorizados o no, que comparto con los demás a lo largo de mi existencia.

Hago balance de nuevo después de tantos años y observo atónito cómo casi todo lo hablado, escuchado, disentido, opinado y analizado a lo largo de mi vida no ha servido absolutamente para nada. La realidad es que me siento agotado, cansado de conversar con tanto necio que se enfrenta al diálogo sin conocimiento de causa sobre lo que discute, defiende o censura, sin tener la certeza plena de que quizás el necio, el desinformado, el indocumentado sea yo.

&

Me levanté con buen ánimo esa mañana, me aseo con pulcritud como hacía siempre y me preocupé de que mi escaso cabello cubriera de manera proporcional la mayor parte de mi cabeza. Un detalle estético que conseguí perfeccionar utilizando un cepillo que había pertenecido a mi esposa y convertir en un ritual diario tras su repentino fallecimiento. En los menesteres del hogar me ayuda Rosa, una antigua amiga suya conocedora de mis limitaciones para subsistir debido al tiempo que dedico a los asuntos culturales, reconozco que de manera obsesiva.

Tomé el desayuno en casa y a media mañana me dirigí a la cafetería Colón para tomar mi segundo café del día. El camarero, un hombre mayor de los que conocen

las líneas que delimitan la confianza con el cliente, solía reservarme la mesa del rincón y así lo hizo una vez más.

-Buenos días don Jacinto -me recibió con una sonrisa.

Tomé asiento y a los pocos minutos me sirvió el café acompañado en esta ocasión de unas pastas.

-Es un detalle de la casa -me dijo.

-Muchas gracias. Cualquier gesto de afecto lo agradezco enormemente. Como usted sabe no tengo descendencia y desde que falleció mi esposa no es que esté solo, es que por primera vez en la vida me siento solo. ¿Sabe Fran? La única razón de la existencia humana es que te recuerden tus hijos y tus nietos, porque si no es así, es como si no hubieras existido. Como si no hubieras pasado por esta vida.

El camarero quedó pensativo durante unos segundos.

-Nunca había reflexionado sobre ello -me dijo-. Quizás porque los que tenemos descendencia consideramos inconscientemente que continuará vivo nuestro recuerdo.

-Bueno, bueno, no pretendo filosofar. No me haga caso, son meditaciones de viejo chocho.

Cuando se retiró el camarero di mi primer sorbo al café y tomé una pasta para responder cortésmente a su atención. Fran es de los pocos amigos que he puesto a salvo de mi exterminio de conversadores de diálogos triviales. En este momento él desconoce mi determinación. Y quizás tampoco la entienda si se la hiciera saber. Renunciar a dialogar con la mayoría de mis congéneres y proceder a la búsqueda de nuevos conversadores con los que poder hablar no resulta fácil de comprender. Sin embargo, me resisto a no informarle habiéndose hecho merecedor de mi confianza. No es sencillo encontrar personas como él detrás de una camisa blanca con pajarita que sirve cafés a los demás. Fran podría coordinar cualquier tertulia o reunión en las que he participado tantas veces rodeado de eruditos fatuos y petulantes que no están a su altura. Observo que ha terminado de servir en otra mesa y requiero su presencia.

-Fran, por favor.

Se aproxima con la parsimonia que nos van inoculando los años sin que nos demos cuenta.

-Me gustaría confesarle un secreto.

-Usted dirá, don Jacinto.

-Usted me conoce bien, Fran, y sabe de mis inquietudes literarias, de mis tertulias y reuniones sociales y políticas en distintos foros, incluso en este café, y de la ilusión que siempre han despertado en mí.

El camarero me escuchaba con suma atención.

-Quiero confesarle -continué- que he tomado la decisión de abandonar drásticamente todas las tertulias y reuniones que me ocupaban. Ando por la mitad de la setentena, ignoro si conocía usted mi edad, y no me encuentro con fuerzas para continuar malgastando mi tiempo ni mis limitados conocimientos con personas que no me comprenden a mí ni yo a ellos. La ignorancia y los intereses espurios en las opiniones vertidas transforman la realidad hasta lo inaceptable y ello, Fran, consume más a quien las soporta que a quien las proclama.

El camarero oteó el horizonte y tuve la suerte de que todas las mesas estaban servidas en ese momento.

-¿Me está tratando de decir, don Jacinto, que va a romper con todos sus amigos, conocidos y tertulianos? ¿Los de toda la vida?

-Estrictamente con todos. Bueno, salvo con usted -sonreí.

-Si le soy sincero, excuse mi atrevimiento, me niego a creer que se convierta usted en un misántropo de la noche a la mañana.

-No esté tan seguro, amigo, aunque estoy de acuerdo con lo que insinúa en el sentido de que jamás renunciaré a conversar, si bien, le puedo asegurar que me procuraré nuevos tertulianos entre los que contaría lógicamente con usted.

La mirada del camarero expresaba en silencio sus reticencias a creer firmemente que tal decisión la llevara a efecto.

-Con todo respeto, don Jacinto, dudo que halle en número suficiente los nuevos conversadores que intenta reclutar, en pos de las exigencias que se desprenden de sus manifestaciones.

-Solo puedo asegurarle, Fran, que por mí no quedará. A mis años estoy dispuesto a correr ese riesgo que me llevaría, si no lo consiguiese, a vivir en esa soledad en la que usted no me ve, pero que estoy dispuesto a asumir hartos como estoy de tanto tertuliano vacío de objetividad e independencia.

-En cualquier caso, sabe que me tiene a su entera disposición -trató de aparcar el diálogo el camarero que debía continuar con su trabajo.

Permanecí en el establecimiento elucubrando sobre cómo debían ser las nuevas tertulias y quienes los asistentes. Cuando me marché, el camarero atendía a otros clientes y me saludó en la distancia. Hasta otro día, Fran, dije en voz baja, aunque él, centrado como estaba en su tarea, no alcanzó a escucharme.

&

Pasaron meses y en la mente de don Jacinto únicamente prevalecía el ir conformando las nuevas huestes de conversadores con los que compartiría sus conocimientos y debatiría sobre el bien y el mal hasta los últimos días de su vida. Sucedió sin embargo que el camarero, casi a diario, miraba impaciente hacia la puerta esperando la llegada de su cliente y amigo, y cuando comprobaba que esta no se producía, salía a la terraza y permanecía entre las mesas mirando hacia un lado y otro con la esperanza de verlo llegar por la amplia acera. Volvía entonces al interior del café con el temor de que a don Jacinto le hubiese sucedido algo grave y hasta estuvo tentado de dirigirse a su domicilio para comprobar, personalmente, que todo estaba en orden.

Don Jacinto había reducido sus paseos por el centro de la ciudad para compensar el monóxido de carbono y proteger así su capacidad pulmonar que notaba disminuir notablemente en los últimos años. Esa capacidad la cuidaba todo lo posible al estimar, en su concepción de las cosas, que le era tan necesaria como su lengua para mantener sus intercambios conversacionales.

Una mañana se dirigió diligente a Rosa.

-Hoy me es indispensable salir.

Ella lo miró algo recelosa. Él como excusándose.

Don Jacinto abordó la calle. Cuando llegó a las proximidades de la cafetería Colón, una amplia sonrisa acompañó su feliz expresión. Se aproximó al establecimiento y descubrió con sorpresa que su amigo Fran se encontraba delante de la puerta mirando fijamente hacia el lugar por donde él llegaba.

El camarero le brindó otra sonrisa y le estrechó la mano.

-Cuánto tiempo don Jacinto. Me tenía usted bastante preocupado.

-Lo sé Fran y mucho que lo siento, pero mi nuevo proyecto no me ha permitido ni tan siquiera enviarle un escueto mensaje a través de Rosa; Rosa es la señora que me ayuda en los quehaceres domésticos ¿sabe?

-En alguna ocasión le he escuchado pronunciar su nombre y tengo que confesarle que, en algunos momentos a lo largo de este tiempo, he tenido la tentación de acercarme a su domicilio para interesarme personalmente por usted.

-Este tiempo, y como habrá supuesto, he estado dedicado en cuerpo y alma a lo que anhelaba y que por fin he conseguido.

El camarero le sirvió el café. Llevaba meses echando de menos el líquido negro que le servían en aquella cafetería. Le encontraba un sabor diferente, no sabía por qué. Todo debía de ser cosa de su imaginación, pensaba.

-He venido expresamente a informarle, amigo Fran, de que por fin he iniciado mi nuevo ciclo de tertulias e intercambios de opinión con mis nuevos amigos, y a las que usted podría incorporarse sin hacerle de menos. No se lo podrá creer, pero hemos congeniado satisfactoriamente y tenemos todos la sensación de que nos conocemos desde hace muchísimos años, incluso siglos -sonrió don Jacinto ante la complacida mirada del camarero que lo escuchaba con suma atención-. Y usted se preguntará, puesto que no hemos venido aún a esta cafetería para organizar alguna de las nuevas reuniones ¿qué tipo de personas tan distintas de mis anteriores conversadores son los nuevos amigos que he elegido?

-No me había detenido en ese particular -respondió el camarero-, pero ya que lo dice, don Jacinto, es cierto que me asalta la curiosidad lógica de conocerlos.

-Estoy seguro de que tendrán su aprobación, amigo Fran. Puedo asegurarle que se trata de tertulianos altamente cualificados.

-Me alegro de que así sea, don Jacinto. Es lo que usted merece y espero con impaciencia que pronto organice una de esas nuevas reuniones en esta cafetería, como hacía antaño, y me los pueda presentar.

-No solo cuente con ello, sino que a partir de este momento queda usted invitado a venir a casa y participar en ellas cuando lo estime oportuno como le he anticipado.

-Muchísimas gracias don Jacinto. Quizás algún día me decida y le dé una sorpresa.

-Será siempre bien recibido.

&

Don Jacinto había planificado sus novedosas tertulias para después del desayuno y Rosa se encargaba de colaborar en todo lo que suponía su organización. Por la noche, don Jacinto seleccionaba a los colaboradores del siguiente coloquio, mientras ella se encargaba de reservar el lugar que debía de ocupar cada uno de ellos en el salón. Los asuntos a tratar eran responsabilidad exclusiva de él, en tanto Rosa se dedicaba a mantener la estancia en perfecto estado de limpieza, sonoridad y comodidad. Las novedosas y personales reuniones presentaban la única y exclusiva condición de no aportar opinión subjetiva e interesada alguna, ni proferir comentarios que no estuviesen firmemente sustentados.

Don Jacinto daba paseos por el patio de la casa mientras miraba insistentemente su reloj. El espacio al aire libre de la vivienda se había convertido en un pequeño vergel. Rosa le había prometido a su esposa mantenerlo florido si algún día faltase, y no solo cumplía su promesa, sino que dedicaba parte de su tiempo a resembrar y recuperar la fertilidad de toda la tierra seca que rodeaba el pavimento. Además, se preocupaba de decorar el suelo enlosado con jardineras y maceteros de violetas, geranios, begonias y otros tipos de flores propias de un cuadro de Sorolla, le decía don Jacinto cuando se detenía a contemplarlas.

Esperaba deseoso el inicio de la tertulia. Transcurridos treinta minutos, Rosa abrió la puerta del patio.

-Jacinto, los tertulianos aguardan en el salón a que hagas acto de presencia para comenzar el coloquio de hoy.

-Gracias, Rosa. Que sería de mi sin tu inestimable ayuda. Mi esposa y yo te lo agradeceremos eternamente. Por favor, comunícales que en unos minutos estoy con ellos.

Don Jacinto se aproximó al jazminero y percibió su olor con toda intensidad. El perfume que desprendía ese arbusto le servía de inspiración, a la vez que le aportaba sosiego y tranquilidad al recordarle las tardes veraniegas en las que esperaba junto a su esposa la caída de la tarde, mientras disfrutaban de una limonada fría sentados en sus mecedoras. Él era feliz gozando con las cosas sencillas y con sus aficiones igualmente austeras, y a la vez gratificantes, como lo eran sus reuniones. A continuación, entró en el interior de la vivienda. Rosa lo observaba en silencio a través de una de las ventanas. Los pasos de Jacinto eran cada vez más lentos e imprecisos, comprobaba ella, una movilidad que no armonizaba con su predisposición infatigable a impulsar sus nuevas tertulias y a sus nuevos tertulianos hacia la objetividad y las argumentaciones sólidas.

Don Jacinto entró en el salón disculpándose por su breve retraso.

-Observo con satisfacción que ocupan ustedes el lugar reservado exprofeso por mi colaboradora Rosa, siempre pendiente de que se encuentren lo más cómodamente posible.

Tomó asiento antes de continuar.

-Si les parece comenzamos la tertulia de hoy retomándola en el punto en que la dejamos la vez anterior.

Repasó, no sin dificultad debido al temblor que comenzaba a notar en sus manos, los folios que traía consigo.

-Ah, sí, aquí. Lo del Quijote podemos prolongarlo hasta el infinito, pero estimo que deberíamos sintetizar todo lo posible y centrarnos en sus frases. No puedo negarle que las mismas son sentencias que perduran durante siglos y ese es su mérito para alcanzar tal calidad literaria. La calidad en el arte y en las letras la otorga la perdurabilidad. Su vigencia en el tiempo. Usted la defiende, es lógico. Sin embargo, usted -se giró hacia otro tertuliano- pretende equipararla con Crimen

y castigo, una de las mejores obras literarias de la historia, pero si profundiza en su contenido poco es análogo.

-¿Sí? Ah, es usted. Al estar algo escorado no lo había visto. Le molesta, me dice, que Cien años de soledad sea tratada como una obra de literatura fantástica por el simple hecho de haber creado Macondo como un lugar virtual, como se dice ahora. En mi opinión lleva toda la razón. Macondo es un lugar maravilloso donde la realidad de la vida transcurre y se desliza como por arte de magia, pero donde sus personajes sufren y gozan como cualquier otro. La enorme diferencia que yo estimo con respecto a otras joyas literarias es que la trama ha sido contada como nadie lo había hecho antes. Se lo agradezco, se lo agradezco. No tiene que agradecerme absolutamente nada. Es lo que pienso; es más, le diré que los personajes de Cien años de soledad, los que habitan Macondo me refiero, podrían deambular junto al Caballero de la triste figura y Sancho por las llanuras manchegas sin ninguna objeción. Así es la literatura, amigos míos.

Don Jacinto se tomó el pulso en silencio durante quince segundos. Trataba de no distraer la atención de sus nuevos amigos. Setenta pulsaciones por minuto, pensó. No está mal, se dijo. A continuación, miró hacia otra parte del salón.

-Usted dirá, este hombre se ha olvidado de mí. En absoluto. Ya me irá conociendo. No me gusta alterar el orden que he establecido en mis notas. Podría decirle que es una manía de viejo, pero no, siempre he actuado de la misma manera. Para mí, la disposición también ayuda en una actividad tan libre e imaginativa como es la escritura, hecho que no debería sorprenderle por cuanto usted defiende que la economía esté presente en la literatura al igual que el amor, la felicidad o la desdicha, el gozo o el sufrimiento. A veces a mí me comentan con cierto tono crítico: al igual que en Eugenia Grandet, Honoré de Balzac lo ha hecho en otras de sus novelas. Y yo admito con buena disposición dicha opinión. Quizás lo haga porque conozco sus inquietudes crematísticas y nadie mejor que usted para asegurar que tales reminiscencias se deben a la involucración en negocios por parte de su progenitor. Resulta indudable que, en el interior de Balzac, le digo a quien me hace comentarios sobre este asunto, han anidado los genes heredados y han

podido prostituir su imaginación como novelista orientándola al puro dinero, en detrimento a veces de la ficción realista.

-Por favor, escuchó don Jacinto al fondo.

Caminó unos pasos hasta llegar a la altura de la única mujer que esa mañana estaba invitada para conversar.

-Tengo que informarle de que es la primera vez que una señora acude como tertuliana a mis reuniones. He de reconocer que mi amiga Rosa ha insistido en que sea usted invitada y pese a mí resistencia inicial, finalmente he cedido a su petición sintiéndome muy orgulloso de tenerla entre nosotros. Como mujer que es, estoy al corriente de sus luchas constantes en defensa de los derechos de las féminas, de su liberación y de su independencia. Eso es un gesto muy loable viniendo de una mujer como usted, que ha demostrado con su propio comportamiento que todo ello es alcanzable. Sé que el espejo en el que se mira es en el de Colombine, en cuál iba a ser si no. Periodista, escritora, primera mujer corresponsal de guerra. ¿Sabe? He leído algunos de sus libros, Los inadaptados, por ejemplo, ah, y El último contrabandista. Yo los estimaría costumbristas. Sin embargo, se insiste en algunos ámbitos literarios en considerar el género de sus obras como feminismo profundo. Pudiera aceptarse. Ahora estoy a la espera de que caiga en mis manos Puñal de claveles, pues estoy deseoso de comprobar si es cierto que García Lorca se inspiró en él para sus Bodas de sangre. He escuchado que es usted reacia a las reproducciones por parte de otros creadores, a la apropiación de ideas ajenas, aunque también que, tratándose de Federico, una reproducción no podría caer en mejores manos. Perdone, pero tengo que continuar con el resto de tertulianos. Es un placer, repito, tenerla entre nosotros.

Don Jacinto se aproximó a la ventana y comprobó que el sol permanecía en lo más alto. Calculó unos treinta y ocho grados. La climatización interior propiciaba que tanto él como sus invitados disfrutasen de una temperatura agradable. Es lo menos que puedo proporcionar a quienes sacrifican parte de su tiempo para acompañarme, se decía a sí mismo. La tertulia continuaba desarrollándose en un ambiente apacible como exige la literatura, el lenguaje y la retórica, sin voces altisonantes, sin estridencias y, sobre todo, justificando y analizando los motivos de cada

exposición, fuese o no compartida por el resto. Miró su reloj. Las dos, dijo para sí. Cómo pasa el tiempo. Por mí continuaría hasta final de la tarde sin tomar nada, continuaba hablando mentalmente. En fin, es hora de dar por concluida la tertulia de hoy. Iba a anunciar el fin de la reunión cuando escuchó, señor, no me gustaría marcharme sin intervenir esta mañana. Don Jacinto levantó la cabeza. Le tenía alta estima al invitado pese al poco tiempo que llevaban conociéndose y a sus diferencias respecto de creencias religiosas. Quizás era ese el motivo por el que no hizo ningún esfuerzo por tratarle antes y dejarlo en *stand-by* a diferencia de lo que hacía con el resto de tertulianos.

-Me gustaría que no tratásemos sobre catolicismo, no íbamos a llegar a ninguna parte por lo que prefiero que nos centremos en la obra literaria. Me parece correcto. He de manifestarle que he leído la mayoría de ella y aunque usted insiste en que fue injustamente tratado por la Iglesia, existen motivos suficientes para su excomunión. Si bien, he de reconocérselo, estoy bastante de acuerdo con el contenido de la novela El Evangelio según Jesucristo. Sus reflexiones son de una carga de logicismo que resultan difíciles de rebatir. En cualquier caso, Ensayo sobre la ceguera es la novela que más me ha impactado, ¿quién nos asegura que un día no suceda tal tragedia en el mundo actual? Por otra parte, creo que su origen portugués y su sincera admiración por Fernando Pessoa ha contribuido, además de su extensa y magnífica obra, para que le fuese otorgado el Premio Nobel de literatura. Bien, tengo que dar por finalizada la reunión de hoy. Quiero informarles de que serán convocados con tiempo suficiente para la siguiente tertulia. Ha supuesto para mí un verdadero honor debatir con todos ustedes. Sus opiniones y textos perdurarán siempre en mi estancia y en mi recuerdo. Mi amiga Rosa los acompañará hasta el lugar donde les recibió. Buenas tardes, caballeros.

&

A Fran le restaban unos días de vacaciones. Necesitaba descansar. Así se lo propuso al propietario de la cafetería y un camarero más joven que él lo sustituyó en su puesto. Los primeros días de asueto Fran los dedicó a su familia, a pasear

con sus nietos y a ver un poco la televisión. En los ratos en que se encontraba solo leía tranquilamente sentado en su sillón preferido. Mientras leía, en su mente aparecía la imagen de don Jacinto. Llevaba demasiado tiempo sin tener noticias de él y ello le preocupaba. En su interior sonaban las palabras que una vez le dedicó su amigo cuando solía acudir a la cafetería: Usted, Fran, podría incorporarse a mis nuevas tertulias de pleno derecho.

Una mañana Fran se levantó con el ánimo de visitarle y saber de él. En el fondo deseaba también asistir a una de las reuniones que don Jacinto organizaba con sus nuevos tertulianos. Sabía que lo de aceptarlo en ellas se lo había dicho siempre con total sinceridad, pese a tratarse de un camarero. Lo importante es constatar que se encuentra bien, pensó. Lo de mi invitación, digamos que es un regalo de amistad que yo acepto, aunque sé que no estoy preparado para compartir conversación con gente tan versada en literatura, continuó pensando.

Se detuvo ante la puerta de la vivienda. Miró el timbre y pensó si estaba haciendo lo correcto. Finalmente lo pulsó. No tardó en aparecer Rosa. Buenos días, qué se le ofrece. Verá, soy Fran, amigo de don Jacinto, camarero de la cafetería Colón a la que él solía acudir. Claro, claro, Fran, me ha hablado mucho de usted. Incluso hace tiempo que me anunció que vendría usted a visitarle. Me gustaría saludarle. Claro, claro, pase. Rosa lo acompañó a la salita anexa al salón. Siéntese, por favor. ¿Le apetece un café? Se lo agradezco, pero acabo de desayunar. El silencio en la salita era sepulcral y Fran podía escuchar a don Jacinto como departía con unos y otros. Incluso había momentos en los que enfatizaba en sus respuestas. ¿Lo ve? Es todo pasión, dijo Rosa. Estas tertulias le dan la vida. ¿Y cómo son sus nuevos amigos y tertulianos? Preguntó Fran. Gente muy importante en el universo literario, respondió Rosa. Fran movía las piernas insistentemente. Son los nervios, se justificó. No se preocupe, lo entiendo, incorporarse a estas reuniones no está al alcance de cualquier persona. Enseguida vuelvo, dijo Rosa.

Fran escuchaba en el salón voces distintas. Hablaba don Jacinto y era respondido con diferentes acentos y secuencias tónicas con intensidades desiguales. Volvió Rosa y entreabrió con sumo cuidado la doble puerta del salón. Miró hacia el interior y se volvió hacia Fran. Puede usted pasar, y desapareció nuevamente. El

camarero abrió la puerta con precaución, cuidando de no molestar e interrumpir las conversaciones.

Cuando entró en el salón Fran se quedó atónito, petrificado ante lo que sus ojos estaban contemplando. No supo en ese instante qué decisión tomar, pero una fuerza interior le obligó a permanecer en la estancia. Ante él se encontraba don Jacinto totalmente solo. El hombre parecía no advertir su presencia. Hablaba dirigiéndose a los libros que ocupaban la enorme mesa y que Rosa había extraído previamente de la estantería. Se contestaba a sí mismo cambiando su voz, adaptándola a las de los autores de las novelas. Cuando Fran intentó abandonar el salón, don Jacinto se dirigió a él. Quédese, amigo, le voy a presentar a mis nuevos tertulianos. Como le anuncié en la cafetería, son conversadores de alto nivel. Justamente los que yo anhelaba para continuar con mis reuniones. Fran no respondió, y al ver que su amigo se volvió para continuar su imaginaria conversación, aprovechó la ocasión para abandonar la vivienda embargándolo un enorme sentimiento de tristeza.

FIN